

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO II. }

MÉXICO, DICIEMBRE 15 DE 1872.

{ NUM. 26.

CUENTOS DE MI ABUELO.

EL TESTAMENTO.

M. Dartus, abogado, gozaba de una fama muy distinguida; su caudal no iba en zaga á su reputacion; pero la naturaleza le habia hecho pagar bien caros todos estos favores. Habiendo llegado á verse padre de seis hijos en otros tiempos, los habia visto morir uno tras otro; y la madre de tan numerosa familia, que no habia podido resistir al doloroso quebranto de pérdidas tan crueles, terminó igualmente la carrera de su vida. Traspasado su esposo del mas vivo dolor, habia permanecido viudo por espacio de muchos años; pero en un largo viaje que hizo á Suiza, una parienta suya, todavía jóven y bien parecida, que le habia llamado para arreglar varios negocios de gravedad, hizo impresion en M. Dartus, y le infundió deseos de contraer un segundo enlace; pues en tanto grado es verdad que con dificultad renunciamos al gusto de ser amados, y á la esperanza de ser padres.

M. Dartus, aunque ya de una edad madura, era tan lucido en la conversacion, de modales tan bi-

zarros, y realizaba todas estas atractivas esteroidades con tanto mérito y celebridad, que fijó por su parte la eleccion de su hermosa parienta, á pesar de que era jóven todavía. Permaneció, pues, cerca de un año en Suiza, á fin de liquidar el caudal de su nueva mujer, y poder trasladarla á Francia. Vióse cumplido bien pronto su deseo favorito, tuvo sucesion de nuevo, y la alegría que con ello experimentó, acabó de desvanecer la tristeza que sus antiguos pesares habian dejado impresa en su ánimo. No tenia ya otro deseo que el de volverse á Paris con su segunda mujer é hijo que acababa de nacer: era una niña, que daba ya muestras de reunir algun dia todas las gracias de su madre, y se llamaba Celia.

Pero madama Dartus habia estado á pique de pagar con la vida el nacimiento de tan querida criatura; y aun hubo necesidad de arrancarla de su pecho, y darla al de una nodriza estraña. Esta señora, tan virtuosa como hermosa, no recobró suficientes fuerzas para ponerse en camino hasta pasados muchos meses. Volvió, pues, á Paris con su digno marido, é hija única de edad de seis meses, trayendo consigo á varios criados suizos, entre los que se hallaba el ama de leche de Celia. Comenzaban á manifestarse las facciones de esta niña; pero no eran ya tan finas, ni parecidas á las de su madre, como

habian mostrado serlo al tiempo de nacer; y aun en la apariencia las hallaban alteradas todos los dias.

Madama Dartus notaba igualmente, hacia algun tiempo, que á la alegría y felicidad que su marido habia experimentado al ser padre de nuevo, se habian seguido una continua cavilacion, y profunda tristeza, que él se esforzaba en balde á ocultar; pero atribuyéndolo únicamente á las sensibles pérdidas que habia tenido antes de enviudar, y hallando en este idolatrado esposo reunidas las mas peregrinas y amables prendas, madama Dartus aparentó no echar de ver las incertidumbres pintadas con frecuencia en el rostro de su marido, y ni aun se atrevió á hacerle la menor pregunta sobre ello.

M. Dartus volvió en Paris á la honrosa carrera que antes habia seguido con tanto esplendor, y bien pronto recuperó toda la fama de un célebre abogado. Su mucho crédito y gran caudal, le permitieron tener una casa, á que concurrían los literatos, artistas mas distinguidos, y aun magistrados de la primera clase. La hermosura y amables prendas de madama Dartus contribuyeron tambien para reunir en su casa á las señoras mas principales de Paris; en una palabra, todo sugeto distinguido aspiraba á concurrir á casa de este hombre célebre.

Se concibe fácilmente que en medio de tan bellas

circunstancias, la joven Celia, dirigida por un padre tan distinguido, llegó á ser un modelo cumplido en todo género. Nunca hubo una educacion mas esmerada que la suya. Una hermosa talla, expresiva figura, gracia perfecta, y especialmente una alegría ingenua é inagotable, daban nuevo realce á las diversas habilidades de que era poseedora. Se advertía, sin embargo, que no tenia ninguna faccion de las de M. Dartus, ni de las de su esposa; no hallaban en Celia el metal de voz de ambos, ni aquella respetable majestad que caracterizaba á los dos consortes hasta en sus menores acciones. A menudo se lo decían á ellos mismos; y entonces se notaba un asomo de turbacion en el semblante de este famoso abogado, que trataba de desvanecerle inmediatamente con el encanto de su conversacion, y caricias con que abrumaba á su querida Celia.

Como nada hay perfecto en la naturaleza, y siempre se deslizan algunos defectos entre las prendas mas peregrinas, Celia poseía en sumo grado los del atolondramiento é indiscrecion. Esto le atrajo á menudo las reprensiones de su padre, en quien ella adoraba. En efecto, iba la doncella á su estudio, dirigía con arte sus miradas al bufete de los papeles, leía de través el escrito que su padre recorría, y demás que estaban inmediatos. Cuando M. Dartus recibía una carta, ó una simple esquela, Celia examinaba la letra, el sello, formaba al punto tal ó cual conjetura, daba en seguida su parecer, cortaba, y pronunciaba, como si hubiera sido el consultor ó director de su padre; con frecuencia daba parte, en las diferentes concurrencias á que asistía, que el caballero tal tenía un pleito contra Fulano; que no podía perderse esta causa; que era mas dudoso el expediente de Doña Fulana..... Ultimamente, esta doncella notaba, comentaba, y divulgaba en tanto grado todo lo que se decía ó hacía en su casa, que M. Dartus, á pesar del embeleso que experimentaba al tenerla al lado suyo, se había visto en la necesidad de impedirle que entrase en su cuarto; pero nada fué capaz de enmendar á Celia. En balde empleaban los padres sus trazas para domar tan pernicioso inclinacion, pues ésta se aumentó á pesar de tanta solicitud y prevision.

No tardó Celia en aprender cruelmente de la experiencia, que no quebrantamos impunemente los primeros deberes de la sociedad. Un día en que su padre había salido, y que el ayuda de cámara había olvidado cerrar la puerta de su estudio, la indiscretilla Celia entra á escondidas en él, penetra hasta el bufete de M. Dartus, y entre varios papeles que había sobre él, dirige la vista á uno, escrito de puño de su padre, y que empezaba con estas palabras:

"Este es mi testamento."

Un título tan solemne escitó su indiscrecion; y discurriéndose que iba á descubrir los pensamientos mas secretos de su padre, continuó leyendo lo que sigue: «Siendo una obligacion de todo hombre honrado el confesar la verdad antes de comparecer ante la divina majestad, declaro y testifico, en nombre del honor, y lágrimas que tengo derramadas con tanta frecuencia, que Celia no es hija mia, ni de mi esposa.....» Parada, trémula, y sosteniéndose con trabajo Celia á la vista de estos sagrados caracteres, acaba de leer el fatal escrito. Sabe por él que en efecto M. Dartus, á quien la naturaleza había condenado al parecer á no ser nunca padre, se había visto privado del sétimo hijo que tuvo de su segunda mujer; que no queriendo informar de la muerte de la criatura á su tierna madre, cuya vida se hallaba en peligro á la sazón, había logrado á puro dinero que la nodriza sustituyese, en lugar de la hija que la suerte le llevaba, una pobre huérfana, cuya necesitada madre acababa de morir á su nacimiento. Sabe por este escrito que al adoptarla M. Dartus, le había puesto el nombre de Celia, y que de allí á algun tiempo fué presentada á su mujer como hija suya propia..... Finalmente, sabe en este testamento que M. Dartus le asegura la mitad de su caudal; pero que queriendo respetar los sagrados derechos de la sangre, legaba la mitad restante á los parientes mas pobres de su familia.

La revelacion de este terrible misterio, y la gene-

rosa bondad de M. Dartus, hicieron tan fuerte impresion en el ánimo de Celia, que le costó mucha dificultad para salir del estudio de su padre, y pasar á su cuarto. Entregándose allí á toda su desesperacion, cae en una especie de delirio, en medio del cual pronunciaba con el mas dolorido acento: «¡No soy hija suya!..... ¡yo, que me tenía por tan feliz, y ufana de serlo!.... ¡habré de ser solamente una huérfana necesitada!..... ¡y no tengo ya padres!»

Al proferir estas palabras, que mil sollozos y el mas amargo llanto interrumpian, cayó desmayada Celia sobre un canapé, en que permaneció mas de una hora, como si estuviera privada de la vida; pero finalmente, volviendo en sí, y haciendo por esforzarse, formó el plan de callar este cruel descubrimiento, y guardar en su corazón el martirio que la despedazaba.

M. Dartus y su parienta notaban, hacia ya mucho tiempo, en el semblante de Celia una tristeza cuya causa no podían adivinar. Todas las veces que la infeliz doncella miraba á uno ú otro de ambos, se le arrasaban de lágrimas los ojos. No podía pronunciar el nombre de padre ó madre, sin que se viese alterada su voz. Lo que mas aumentaba su dolor, era ver las atenciones y agasajos que con ella se usaban, como hija única de la casa. En esto, y en medio de las dolorosas impresiones que recibía, se vió atormentada del deseo de saber el verdadero nombre de aquellos á quienes debió el sér. «Mi madre, se decía á sí misma, murió al darme la vida; pero quizá vive todavía mi padre, quizá se halla mi-

serable, mientras que yo, cercada de cuanto la opulencia puede inventar..... Es preciso absolutamente salir de esta incertidumbre.»

(Continuará.)

LA PRUDENCIA HUMANA.

(FABULA.)

Cayó en la red del pescador artero
Un barbo jovencito.
¡Allí fué trabajar el prisionero
Para romper el cáñamo maldito!
Chupa, muerde, batalla,
Deshilacha el torzal, quiebra una malla,
Y al fin se libra del peligro fiero.
—Caramba! (prorumpió) de buena escapo!
Viviré en adelante sobre aviso,
Quien me pesque otra vez, ya ha de ser guapo.
Mas una cosa de comer diviso,
Que á merced de las olas sobrenada,
Por un hilo sutil é un palo atada.
Es, si no me equivoco,
Pan, y buena racion; pues me la emboco.—
Tírase al cebo el pez sin mas recelo,
Y al salir de la red, tragó el anzuelo.

*Así, con sus propósitos ufana,
Se arroja en pos del apetito loco
De yerro en yerro la prudencia humana.*

VIAJE Y DESCUBRIMIENTOS DE LA SEÑORITA ELENA, Y DE SU PRIMO EL CABALLERO FERNANDO.



XXXVII

¡El eco, el eco solamente ha contestado á aquellos gritos de angustia! Y como el eco no es capaz de hacer un favor á alma nacida, hay que buscar otro arbitrio para salir de tan amargo trance. Ocurriósele á Fernando (á este Fernando siempre se le ocurre algo bueno), bajar por delante; por fortuna halló abajo de la roca el terreno un poco menos empinado, y entonces dijo para su sayo: «Si Elena,

sostenida por mí, pudiese llegar hasta donde yo estoy, venciendo el primer paso que es siempre el mas difícil; si lograrse poner aquí los piés sin rodar al abismo, puede que no fuera tan desesperada la situacion.» Manos á la obra: Elena corre el albur, aunque con muchísimo miedo, y haciendo esta, ó parecida reflexion: «Es un gregorito de grueso calibre, esto de viajar uno sin su papá.»



XXXVIII

Paréceles á Fernando y á Elena, que llevan ya mas de una hora de bajada; sin embargo, mira Fernando hácia abajo, y ve que todavía no llegan ni á la mitad de la montaña. Elena opina por retroceder, porque, en su concepto, maldita la gracia que tiene esto de bajar á lo cangrejo; fuera de que le da muchísimo mas miedo el no ver á dónde va. Mas

como nunca los males vienen solos, y Dios parece que queria probar con nuevos contratiempos la fortaleza varonil, y la serenidad de ánimo de ambos niños, sucedió que al volver Elena la cabeza, soltó el sombrero..... Pero, ¿qué importa? ya le recogerá al pié del Chimborazo.

[Continuará.]

CARTAS A LOLA.

CARTA IV.

Creo que despues de tus hermanos, son tus amigos las personas á quienes debes un particular cariño. En este número debes contar los parientes mas cercanos de tu familia. Antes de hablarte de los buenos oficios, comedimientos, y sobre todo, tolerancia que debes usar con ellos, quiero decirte algo sobre la amistad y sobre lo que yo entiendo por amigos.

La amistad ha de tener varias cualidades para serlo verdaderamente. En primer lugar, te diré que solo debes tenerla con quien tus padres te lo permitan, pues siendo así que el trato con las personas nos hace amar siempre algo de lo bueno ó malo que ellas tienen, si tus padres te prohíben la amistad con alguna ó algunas personas, es porque su prudencia les dice que nada bueno has de tomar de ellas. En segundo lugar, la amistad no debe ser frívola; no debemos buscar amigos por el simple placer de tener con quien charlar cuatro boberías; no, la verdadera amistad es un sentimiento íntimo del alma que nos predispone para hacer por el amigo cuanto pueda contribuir á su felicidad. En tercer lugar, no debemos intimar mucho nuestra amistad, porque para que ella sea firme debe estar basada en el mútuo aprecio de los amigos, y la mucha confianza le disminuye en gran manera, y una vez disminuido, muere la amistad.

Me parece que estas son las principales cualidades que debe tener la amistad. Paso ahora á decirte algo sobre los amigos. No es tu amigo todo aquel que te lo dice, ni aquel que accede á tus mas locos caprichos, ni el que exagera por adularte las buenas

cualidades que puedas tener. No, esas gentes trabajan en tu daño, y los verdaderos amigos trabajan en nuestro bien, por cuya razon se ha dicho que la amistad verdadera, solo puede existir entre personas virtuosas. Aprende, pues, á distinguir á tus amigos. La amiguita que te ha dicho que no hagas tal ó cual cosa, porque desagradará á tus padres, esa es tu verdadera amiga, pues que te ayuda á cumplir con tus deberes. El maestro que te estimula y aun te reprende y te castiga para obligarte á aprender tus lecciones, es tu amigo, puesto que quiere que seas una niña instruida, y la instruccion es la joya de mas valor, la riqueza mas grande que puede poseer tu espíritu. La criada que dice á tu madre las faltas que cometes, te ha hecho un servicio de verdadera amiga, por mas que te parezca muy amargo eso de que avisen todo lo malo que haces. Acostúmbrate, pues, á recibir dulcemente todos los castigos que te impongan, pues si reflexionas un poquito, verás que al fin y al cabo redundan en tu provecho, porque así te vas corrigiendo poco á poco de todos tus defectos, y llegarás á ser una niña muy apreciable, lo cual te conquistará mas y mas amigos. Aun me queda mucho que decirte sobre esto; pero me reservo para otra porque temo cansarte con la lectura de esta carta.

MAGDALENA.

Diciembre 2 de 1872.

LA ONZA DE ORO.

Cuando yo tenia solamente ocho años de edad, mis padres, que eran muy pobres y tenian muchos hijos, me entregaron al señor Gomez, hacendado que poseia algunos terrenos en el pueblo de mi nacimiento. Este señor, aunque de un carácter muy

severo, era generalmente respetado por la rectitud de sus principios, y muy querido de todos los del pueblo, porque era muy caritativo con los pobres. Ocupábame en los trabajos que mis pocas fuerzas consentian, sin pagarme sueldo alguno, si bien en ocasiones muy solemnes solia regalarme unos pocos reales que nunca llegaron á sumar un medio peso.

Mas de tres años hacia que le estaba yo sirviendo sin haber visto jamás una moneda de oro, cuando la casualidad me hizo tropezar con la primera. Un sábado, yendo al pueblo á un mandado de mi amo, me llamó la atención un bultito que esmeradamente envuelto en un pedazo de papel yacia en medio del camino. Apoderéme de él, y en abriéndole para ver su contenido, cayó al suelo un objeto, que al dar sobre una piedra produjo un sonido semejante al del acero sobre un cuerpo duro.

Recogí y púseme á contemplarle cuidadosamente: era amarillo, redondo, relumbraba y tenia grabadas unas figuras en uno y otro lado. Mientras lo frotaba con los dedos, se me ocurrió que podria ser una moneda de oro de gran valor.

Apenas lo hube sospechado, cuando la metí precipitadamente en el bolsillo; miré á todos lados para ver si álguien me habia visto; y era tan grande mi miedo de perder aquel tesoro, que no me atrevia á sacar la mano del bolsillo ni á dejar en él la moneda.

Cada vez que me encontraba una persona en el camino, apretaba el puño adonde tenia la onza, y si me miraba, ya creia ver en ella al perdedizo que reclamaba lo que habia perdido.

Cuando llegué á casa fui á acostarme; pero pasé toda la noche temiendo que algun ladrón que me hubiese visto en el camino, viniera á forzar la puerta y arrebatar me mi dinero. Amanecí calenturiento y muy nervioso.

Cuando al otro dia me encontré con el señor Gomez, y me dijo. «Pedro,» temblé como un azogado, esperando que continuara, ¿dónde está la moneda que te encontraste ayer, y que guardas como si fuera tuya? pero mi amo me dijo simplemente; vé á ver al tío Vicente, y dile que quiero hablar con él.

Sentíme aliviado de un horrible peso. Salí de casa; y cuando creí que nadie me veia, saqué mi moneda, y me puse á contemplarla; pero era tanto lo que sufría, que casi me pesaba la buena fortuna del hallazgo, si no creyera que aquella angustia habia de pasar.

El tío Vicente no estaba en casa, y yo me volví á la de mi amo. Ya cerca de ella ví un alguacil que venia en direccion opuesta, y al instante se me ocurrió que andaba en busca mia para meterme en la cárcel: amedrentado, salté una cerca, y allí me detuve escondido hasta que le perdí de vista. Entonces, entré corriendo en mi casa.

El señor Gomez me recibió con severo aspecto. Ahora sí que estoy perdido, me dije á mi mismo, lo ha sabido todo y ya va á registrarme; pero mi amo solamente me regañó por lo que habia tardado, y jamás me habian parecido sus palabras mas amables, y sus reprensiones menos severas.

Estuve todo el dia trabajando con la onza en el bolsillo, sin dejar de registrarlo de cuando en cuando para ver si la habia perdido: tan grande era la angustia y la zozobra, que deseé mil veces no haber encontrado aquel dinero.

Por la tarde fui á casa del tío Vicente que prometió ir al otro dia á ver á mi amo. Cuando volví á la hacienda, ya habia oscurecido, y cada objeto del camino me parecia un ladrón apostado que iba á lanzarse sobre mí y arrebatar me mi tesoro.

A la mañana siguiente vino el tío Vicente con uno de sus hijos á almorzar con mi amo.

Era aquel buen viejo un pobre trabajador, padre de una numerosa familia sostenida difícilmente con el fruto de su trabajo diario; pero como era un hombre honrado, todos le proporcionaban trabajo, y aun solian pagarle mas que á los otros jornaleros.

Mientras almorzaban, volviéndose el tío Vicente á mi amo, le preguntó si no sabia la desgracia que le habia sucedido. El señor Gomez contestó que no.

Figúrese vd., le dijo el pobre aldeano, que hace noches perdí la primera onza de oro que habia po-

dido reunir en toda mi vida. La tenía envuelta en un papel, y seguramente se me caería al sacar el pañuelo del bolsillo. Advertí la pérdida cuando vine á casa: recorrí todos los lugares donde habia estado aquel día, pero ya álguien la habia cogido. ¡Buen provecho le haga, y quiera Dios que su conciencia no le atormente mas de lo que vale aquella pieza!

Al oír estas palabras no pude contenerme: saqué la moneda, y con mano temblorosa se la presenté al tío Vicente diciéndole: ¿no es esta la moneda de oro que vd. ha perdido?

El tío Vicente y el señor Gomez me miraban con asombro; y despues de una breve pausa, me preguntó mi amo dónde y cuándo habia encontrado la moneda.

Entonces lo confesé todo; y creyendo que el señor Gomez iba á castigarme severamente, me eché á llorar.

No llores, me dijo mi amo tocándome suavemente el hombro; eres un honrado muchacho que ha vencido una tentacion muy poderosa. Sigue siempre de este modo, y si nunca llegas á ser rico, jamás te faltará la felicidad de una conciencia pura.

Empeñóse el tío Vicente en que yo me quedase con el dinero; pero lo rehusé decididamente, y jamás me ha pesado de mi resolucion.

Desde aquel día tuvo el señor Gomez conmigo todas las atenciones de un padre; y como no tenia familia, me dejó al morir muchas onzas semejantes á la del tío Vicente.

EL TABIQUE DE PAPEL.

(FABULA.)

Un sábio, que á fuer de serlo
Ha llegado á enloquecer,
Diz que ha alzado un gran palacio
De oro y mármol todo él.

Por un estraño capricho
(Manía mejor diré),
Dos solos departamentos
Tiene el palacio novel.

Es el uno un gran salon
Bello hasta mas no poder,
Y tan ancho y espacioso
Como ninguno se ve.

El otro, por un contraste
Difficil de comprender,
Es una cuadra indecente,
Aunque muy grande tambien.

Mas no es eso lo mas raro,
Ni lo mas estraño es,
Sino el dividirlos solo
Un tabique de papel.

Por eso, siendo tan débil
La susodicha pared,
Ya comprendereis cuán fácil
El franquearla ha de ser.

Es del salon inquilinã
Una dama de alto prez,
O por decirlo mejor,
Un ángel mas que mujer.

La otra estancia mientras tanto
Se ve ocupada á su vez
Por otra mujer horrible
Peor que el mismo Luzbel.

¿A quién, sino á todo un loco,
Pudiera ocurrirle, á quién,
Bajo un mismo techo á entrambas
Tan locamente poner?

¿Quién, hecho tal disparate
No hubiera alzado, ¡pardiez!
Entre las dos una tapia
De cuatro varas ó seis?

Por desgracia, ya os he dicho
Lo que es el tabique aquel,
Y de ahí podeis inferir
Lo que allí ha de suceder.

Por mas aromas que aspire
La diosa de que os hablé,
Los inmediatos miasmas
La han de enojar y ofender.

Mas no son ellos tan solo
Los que pasan al través,
Sino que la hembra-demonio
Se cuele dentro tambien.

¿Qué mucho, si aun la deidad
Da en la cuadra alguna vez,
Cuando por algun descuido
Se arrima el frágil dintel?

En vano cien y cien veces
Se hace este recomponer,
Pues al percance menor
Se rasga otras cien y cien.

¿No habrá quien levante allí
Muro de mas solidez
Entre la fada del mal
Y la madona del bien?

No lo sé; pero hasta ahora
Contiguas vivir se ven
La *libertad* santa y pura
Y la *licencia* soez.

Si hay alguno que lo dude,
Yo en respuesta le diré
Que el *orden* y el *despotismo*
Viven contiguos tambien.

¿Qué los separa entre sí?
Un tabique de papel;
Pero es necesario un muro,
Y que lo eleve la LEY.

*Mas ¿qué es la LEY por sí sola?
La obra es magna, y no la hareis
Sin VIRTUD en él que manda
Y en el que ha de obedecer.*

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO III.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS DENTRO DE LA CASA.

ARTICULO III.

Del acto de levantarnos.

I

Guardémonos de entregarnos nunca al rudo y estéril placer de dormir con exceso, y no permanezcamos en la cama sino por el tiempo necesario para el natural descanso.

II

Mientras el hombre vive esa vida material de los primeros años, su sueño no debe ser tasado, porque, dirigido esclusivamente por la sábia naturaleza, contribuye á su desarrollo físico y á su salud. Pasada la infancia, el cultivo de su inteligencia le exige ya parte del tiempo en que antes dormia, y su sueño no debe exceder de ocho á nueve horas. Pero desde que la plenitud de su razon y los estudios y ocupaciones serias le dan entrada en la vida social, ya no le está permitido permanecer en la cama por mas de siete horas.

III

La costumbre de levantarnos temprano favorece nuestra salud, porque nos permite respirar el aire puro de la mañana; y contribuye poderosamente al adelanto en nuestros estudios y demás tareas, porque la frescura del tiempo disipa en breve el sopor en que despertamos, y comunica á nuestro entendimiento gran facilidad en las percepciones, y á nuestros miembros grande espedicion y actividad para el trabajo.

IV

Despues del sueño ordinario se encuentra renovado, digámoslo así, todo nuestro sér, por cuanto nos sentimos repuestos de las impresiones y fatigas del día; y claro es que si á tan feliz disposicion para emprender nuestros quehaceres, se añade la benéfica influencia de una temperatura suave, nuestras operaciones serán mejor ejecutadas y mas fructuosas,

y las ideas que adquiramos serán mas claras, distintas é indelebles.

V

Ninguna persona existe que pueda considerarse esceptuada de estas reglas, porque á nadie le es lícito permanecer en la ociosidad; y el uso de la cama fuera de los límites aquí establecidos, no es otra cosa que un cómodo, cuanto mal fingido pretesto para usurpar á nuestros deberes religiosos, morales y sociales, el tiempo que á ellos debemos consagrar.

VI

El que no está dedicado al estudio, debe estarlo al trabajo en alguna industria útil; y aquel que tiene la desgracia de no amar el estudio, y la fortuna de vivir de sus rentas, encontrará en la religion, en las buenas lecturas y en la sociabilidad, un vasto campo de ocupaciones en que emplear honestamente el tiempo, durante las mismas horas que pueda pasar bajo el yugo del trabajo el mas laborioso menestral.

VII

Al despertarnos, nuestro primer recuerdo debe consagrarse á Dios. Si no estamos solos, saludaremos en seguida afablemente á nuestros compañeros que estén ya despiertos, y tomaremos nuestros vestidos con el mismo recato con que los dejamos en la noche.

(Continuará.)

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

¡Legisladores, preceptores, amigos de la humanidad! Unamos nuestros esfuerzos para demostrar al hombre que en medio de la infinita variedad de las circunstancias de la vida, no puede encontrar sino en la actual y eficiente unidad de su carácter, la felicidad interior.

Esforzándose por alcanzar esta perfeccion, siguiendo firme y libremente las leyes de una benéfica y universal razon, escapará del error, del crimen y de los remordimientos.

Como hombre y como ciudadano encontrará la felicidad en el testimonio de su propia conciencia.

Así reunirá el hombre la infinita variedad de sus susceptibilidades, pensamientos y fines, en la unidad de un verdadero, puro y eficiente carácter moral.—C. VON DALBERG.

En donde está la vida, ahí tambien está la muerte; sí, todo lo que muere en toda la naturaleza, no es mas que un nuevo nacimiento.

Por tanto, todas las representaciones de la muerte, lo son de la vida.

¿Qué suavemente se oculta el sol cubriéndose con purpurinas nubes!

Pero mirad; la noche ha pasado y entonces se levanta rosado en el Oriente un nuevo día, y el sol vuelve á alumbrar de nuevo la tierra, que no abandonó sino por algunas horas.

Mira aquí ¡oh hombre! tu semejanza y tu destino, y no te apesadumbres.—NABBE.

EL DINERO.

(FABULA.)

Gastó su hacienda un rico
En dar limosna,
Y Dios en recompensa,
Le dió la gloria.

*Con el dinero,
De este modo se puede
Ganar el cielo.*